

Los deseos según Santa Teresa de Jesús

“¿Quién pone estos deseos? ¿quién da este ánimo?” (V 25,19)

Fray Oswaldo Escobar, ocd

Introducción

La voluntad humana generalmente está orientada por esos impulsos que llamamos “deseos”. La persona va realizando sus actividades e incluso va configurando su vida de acuerdo a eso que anida en su corazón; el deseo de ser médico lleva al estudiante a conseguir su fin y lograr graduarse, el deseo de servir a los más necesitados desinteresadamente ha llevado a muchos al voluntariado.

Los deseos son entonces energía viva. Cabarrús define esas fuerza animadoras así: *“el deseo es una sensación muy especial; es un impulso vital que me lanza a la consecución de algo que añoro porque intuyo que me plenifica y me da felicidad. Hay niveles de profundidad de los deseos, los más profundos hablan de lo que de verdad puedo ser yo.”*¹

También Dios para inspirar su voluntad, nos mueve generalmente por medio de los deseos, ellos se convierten como en un motor que enciende lo mejor de cada uno en la conquista del plan divino. Cuando los deseos son de Dios son constantes y van dirigidos al bien del orante y de su contorno, son *“deseos con obras; digo con obras...”* (V21, 7). Se diferencia los mismos de los antojos, los cuales son circunstanciales e inconsistentes y estarán basados más bien en las apetencias de la persona *“que el antojo poco mal ni bien puede hacer a vuestra alma.”* (6M 8,8). Finalmente habrá otros deseos que son, según Teresa, movidos por el mal espíritu. Para aclarar todos estos puntos, nos proponemos estudiar los deseos según Santa Teresa de Jesús.

1. Los deseos en la vida de Teresa.

Los deseos marcaron la vida de Teresa así como marcan la de cualquier persona, desde sus inicios hasta el ocaso de su vida, ella estuvo siempre llena de deseos. Refiriéndose a sus ansias de martirio dice: *“como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así”* (V 1,4), le sobrevendrá el deseo de ser monja (V 1,6). Comprende que desde niña tuvo buenos deseos: *“fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé”* (V 1,7).

¹ C. CABARRÚS, *La danza de los íntimos deseos. Siendo persona en plenitud*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2006², 65.

Reconoce que aquella entretención materna de leer libros de caballería le enfriaron sus buenos deseos (V2, 1), posteriormente al traer galas deseará contentar en *“parecer bien”* (V 2,2). En el epígrafe del capítulo tercero habla cómo volvió a los deseos de las cosas eternas (Cfr. V 3,1), en la elección de su estado de monja, no obstante sus resistencias (V 3,2) lo hizo por los deseos de las cosas eternas, (V 3,6), reconoce también que Dios es generoso: *“que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno”* (V 4,10).

En su enfermedad deseó la salud para servir mejor a Dios (V 6,4), de ella salió con *“deseos de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios”* (Ib.), aparecerá así el deseo de querer hacer siempre la voluntad de Dios (6,9).

En sus desvíos afectivos aparecerá el primer deseo apostólico: *“estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiese valerme a mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar a los otros”* (V 7,10). Sin embargo, este deseo nace desde que comenzó a tener vida de oración: *“porque este deseo de que otros sirviesen a Dios, desde que comencé oración, como he dicho, le tenía”* (V 7,13).

El Señor sabrá esperar a Teresa y tomará en cuenta los deseos, aunque fueran imperfectos en las obras: *“y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlos por obra”* (V 7,18), por tanto *“con regalos grandes castigabais mis delitos”* (V 7,19), en medio de este drama la fidelidad del Señor resplandece: *“aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar a caer, aunque en las determinaciones y deseos de entonces, por aquel rato digo, estaban firmes”* (V 7,19). Bondad de Dios reiterada por Teresa y confirmada aún en sus descoloridos deseos: *“¿quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió, sólo porque deseaba y procuraba algún lugar y tiempo para que estuviese conmigo?; y esto muchas veces sin voluntad, por la gran fuerza que me hacía, o me la hacía el mismo Señor”* (V 8,8). En esta batalla Teresa reconoce que tenía buenos deseos, pero mal encaminados: *“deseaba vivir (que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte) y no había quién me diese vida, y no la podía yo tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí y yo dejádole”* (V 8,12). Las lágrimas teresianas de ese tiempo brotan ante la situación evidenciada: *“parecíame que aquellas lágrimas eran femeniles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba”* (V 9,9)

De todas las luchas Teresa salió airoso a fuerza de la gracia de Dios, pero la mediación fue la oración: *“sólo digo que, para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí, es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará”* (V 8,9). En base a ello, hará la invitación a todos para que tengan oración: *“no hay aquí que temer, sino que desear”* (V 8,5). Con las mercedes recibidas en los inicios de la vida orante el alma queda casi como

saciada: “*ya casi parece no hay más que desear*” (V10, 3), pues el Señor “*quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear*” (V10, 5).

La Santa se reconstruye por medio de la oración, ella misma ha constatado en su vida lo que escribe: “*de lo que yo tengo experiencia puedo decir: y es que, por males que haga, quien la ha comenzado no la deje, pues es el medio por donde puede tornarse a remediar y, sin ella, será muy más dificultoso*” (V 8,5).

Sería una tarea muy extensa poner la secuencia de todos los deseos en Teresa de Jesús, baste decir, que los deseos en muchas ocasiones aumentaban o disminuían en proporción a la intensidad de la vida orante en Teresa. En algunas ocasiones deseo la muerte para contemplar a Dios: “*vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero...*” (Poesía 1), y también: “*veíame morir con deseo de ver a Dios y no sabía adónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte*” (V 29,8), deseos de muerte que son atizados por la fuerte experiencia de Dios antes del matrimonio espiritual (como última purificación) “*como va conociendo más y más las grandezas de Dios y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo, porque también crece el amar mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor*” (6M 11,1); deseos que de alguna manera ya se han superado en la cumbre de la vida oracional (6M 4,15), pero que serán plenamente superados en el matrimonio espiritual (Cfr. 7M 4).

Agrego aquí tan solo dos deseos que configuraron a Teresa, la Santa que hoy tenemos. El primero es su relato vocacional al cual ya hemos hecho alusión; el segundo, los deseos en la fundación de San José de Ávila:

*“comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala; y a tornar a poner en mi pensamiento **deseos** de las cosas eternas, y a quitar algo la gran amistad que tenía de ser monja, que se me había puesto grandísima.”*
(V 3,1),

De igual manera, la fundación de San José de Ávila estará animada por los deseos:

*“ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras que si no seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas..., yo como andaba en **estos deseos**, comencé a tratar con aquella señora, mi compañera, viuda, que ya he dicho que tenía el mismo deseo.”* (V 32,10).

2.Los deseos fermento de la vida espiritual.

En base a esta experiencia Teresa aconseja no apocar los deseos, el orante deberá estar motivado siempre por grandes ideales en esta dimensión espiritual:

*“tener gran confianza, porque conviene **no apocar los deseos**, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que, si ellos nunca se determinaran a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere su Majestad y **es amigo de ánimas animosas**, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí. Yo no he visto a ninguna de éstas que quede baja en este camino; ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega a mucho”* (V 13,2).

En *Camino de Perfección* hablando acerca de su gran ideal espiritual volverá a dirigir la misma invitación *“está claro que hemos menester trabajar mucho, y ayuda mucho tener altos pensamientos para que nos esforcemos que lo sean las obras”* (CV 4,1).

La tentación maligna hará creer a los orantes que la vida de los santos y las grandes obras que ellos hacían se debía a que eran personas excepcionales, en consecuencia, en el orante surgirá la admiración pero no la imitación *“creo que hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar a los santos y desear ser mártires, luego nos dice o hace entender que las cosas de los santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores”* (V 13,4).

En *Moradas del Castillo Interior*, también nos aclara esto de los buenos deseos, para que sean auténticos deben cumplir con los siguientes requisitos: *“que se conformen las obras con los actos y las palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco a poco”* (7M 4,7). Significa por tanto que en esa ebullición de buenos deseos, los verdaderamente divinos son los que se ponen en práctica; inyectan a la conducta nuevos patrones que modifican sustancialmente la praxis cristiana del orante.

A medida se crece en la vida de oración, Dios va haciendo que los deseos crezcan: *“muchas veces a deshora viene un deseo que no sé cómo se mueve”* (V 20,9) y además: *“estoy hecha una imperfección, si no es en los deseos y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir”* (V 30,17). Tales deseos lo que pretenden es que la persona se entregue más a Dios: *“queda el alma animosa, que, si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. **Allí son las promesas y las determinaciones heroicas, la viveza de los deseos**, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad”* (V 19,2) Así mismo, hay que señalar que, incluso en las alturas sublimes de los éxtasis, los deseos serán proporcionados a esa experiencia: *“entendamos que son éstos los efectos que quedan de estas suspensiones o éxtasi, sin duda ninguna; porque no son deseos que pasan, sino que están en un ser, y, cuando se ofrece algo en que mostrarlo, se ve que no era fingido.”*(6M 6,5).

Los deseos del orante son correspondencia de los deseos divinos, pues Dios: *“Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias”* (V 19,15). En consecuencia, tenemos que mantener grandes ideales en el corazón, pues el plan amoroso de Dios no es para *“que se os encoja el ánimo y el ánimo.”* (CV 41,8). El orante se debe esforzar hasta el extremo: *“esto también me hace desear que, en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte.”* (V 32,7).

En algunas ocasiones nuestro natural estará impedido para orar, en esos casos el Señor toma en consideración el deseo de la oración: *“de lo que vuestra señoría tiene del querer salir de la oración, no haga caso, sino alabe al Señor del deseo que trae de tenerla, y crea que la voluntad eso quiere, y ama estar con Dios”* (Cta. 66,4)².

3. Discernir los deseos divinos (hacia una metodología teresiana).

Teresa, a diferencia de otras escuelas espirituales no hizo una metodología del discernimiento de los deseos; sus enseñanzas sobre lo mismo serán eminentemente praxiológicas, ella hacía la labor de discernimiento con recetas muy caseras, pero no por eso carentes de profundidad. Si le preguntásemos acerca del cómo identificar los deseos, es decir, cómo asegurarnos que tienen un origen divino, ella nos daría las siguientes indicaciones:

“Si el deseo fuera de Dios, no le hiciera mal: trae consigo la luz y la discreción y la medida.” (CV 19,13).

Pasemos ahora a desarrollar los cuatro elementos que nos ofrece Teresa acerca del buen deseo, es decir, cuando la inspiración del mismo se origina en Dios:

- *No hace mal*: siendo de inspiración divina, ningún deseo puede llevar germen malo alguno, pues son ofrecidos para edificar a la persona que lo recibe o a la comunidad a la que se pertenece. Con Teresa los identificamos claramente, *“mas el bien, nunca trajo mal.”* (F 4,4). En el caso que un orante se sienta motivado a realizar cualquier cosa por la causa de Dios, tendrá que analizar concienzudamente si sus propósitos llevan alguna finalidad torcida de acuerdo a las enseñanzas evangélicas, existiendo cualquier contradicción, nunca será aconsejable poner en práctica ninguna resolución hasta no consultar al confesor o acompañante espiritual.
- *Trae consigo luz*. El receptor de una inspiración divina, se sentirá inundado por lo que Dios ofrece, se le aclarará el entendimiento y verá cómo es realizable el

² A Don Teuotónio de Braganza, 03-07-1574 (en la EMC, Cta. 69,4; en la BAC, Cta. 69,4; en la ES, Cta. 66,4).

proyecto en mención. Dios cuando inspira no lo hace ofreciendo tinieblas, sino que más bien ofreciendo una alternativa en donde nunca antes se pensó que podría existir lo que ha llegado al corazón, podemos poner como ejemplo la inspiración que tuvo la Santa a la hora de fundar San José de Ávila (Cfr. V 32-36).

- *Trae la discreción.* Podríamos decir que la discreción es como la racionalidad teologal, es decir, que además de ver que es posible, se ve que también es consecuente con el proyecto del Reino de Dios. Pues el Señor no inspira absurdos. Juan de la Cruz así lo propone: *“el Espíritu Santo se apartará de los pensamientos que no son de entendimiento, esto es, de la razón...”* (3S 23,4).
- *Trae la medida.* Generalmente los deseos que Dios inspira en el corazón van proporcionados a los talentos que una persona tiene o está adquiriendo; por ejemplo: Dios no podría llamar a alguien a realizar una tarea misionera ad gentes (irse de misionero), si padece una enfermedad que le obliga a estar postrado constantemente. Nuevamente Teresa: *“porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose a un desierto adonde ni pudiese dormir ni tuviese qué comer, o cosas semejantes.”* (V 13,4).

En suma, de la mano de Teresa comprendemos que hay que acoger esos deseos que llegan a nosotros. Cribarlos con los cuatro criterios enunciados más arriba; ellos nos darán como resultado un certero indicio acerca de la voluntad divina para el orante, *“mas cuando al alma vienen estos deseos, no es en su mano desecharlos. El amor de contentar a Dios y la fe hacen posible lo que por razón natural no lo es.”* (F 2,4). Criterio de capital importancia puesto en práctica también en su relato vocacional: *“cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra: que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo”* (V 4,2).

4. Los deseos venidos del espíritu malo.

Teresa trae a la memoria situaciones en las que esa voluntad de Dios, mediada por los deseos, ha sido confundida por instigación del maligno, pues, no todo deseo por bueno que parezca tiene su origen en Dios, cuando son del espíritu malo son desmedidos e irracionales. Veamos un caso:

“Y si el demonio ayudó en alguna manera a tan gran deseo, que sería posible (como cuenta creo Casiano de un ermitaño de asperísima vida, que le hizo entender se echase en un pozo porque vería más presto a Dios), yo bien creo no debía haber servido con humildad ni bien; porque fiel es el Señor y no consintiera su Majestad se cegara en cosa tan manifiesta.” (CV 19,13).

En otros casos, sucederá que el alma sienta grandes deseos que rayan con lo imposible:

“Que algunas veces pone el demonio deseos grandes porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentos con haber deseado lo imposible.”(7M 4,14)³.

Cuando el deseo viene de Dios, generará humildad; desear lo imposible en el servicio de Dios es la pura tentación, pues Dios habitualmente nos pide que trabajemos con lo que tenemos a mano.

5. Deseos venidos de la propia psicología.

Teresa por su misma experiencia de Dios era una maestra en el arte del discernimiento, en la cotidianidad de la vida comunitaria de sus conventos se presentaban hechos en los cuales tenía que dar criterios de discernimiento, uno de tantos que le tocó resolver fue el caso de unas monjas deseosas en extremo de comulgar, el relato reviste de connotaciones graciosas, veámoslo:

“comenzáronles unos ímpetus grandes de deseo del Señor, que no se podían valer; parecíales se les aplacaba cuando comulgaban, y así procuraban con los confesores fuese a menudo⁴, de manera que vino a tanto a crecer esta su pena, que si no las comulgaban cada día, parecía que se iban a morir. Los confesores, como veían tales almas y con grandes deseos, aunque el uno era bien espiritual, parecióle convenía este remedio para su mal. No paraba sólo en esto, sino que a la una eran tantas sus ansias, que era menester comulgar de mañana para poder vivir, a su parecer; que no eran almas que fingieran cosa, ni por ninguna de las del mundo dijeran mentira.” (F 6,9).

Ahora bien, Teresa iniciará su labor de discernimiento. Su criterio será contrario al de aquellos confesores, sin embargo tiene para con ellos un cuidado exquisito:

“yo no estaba allí; y la priora me escribióme lo que pasaba y que no se podía valer con ellas, y que personas tales⁵ decían que, pues no podían más, se remediasen así. Yo entendí luego el negoció, que lo quiso el Señor; con todo, callé hasta estar presente, porque temí no me engañase, y a quien lo aprobaba era razón no contradecir hasta darle mis razones. Él era humilde, que luego, como fui allá y le hablé, me dio crédito. El otro no era tan espiritual,

³ En la BAC, 4M 4,17; en la ES, 7M 4,17.

⁴ En los tiempos de Santa Teresa la comunión no era muy frecuente, se aconsejaba en algunos días en particular. Las *Constituciones* teresianas estipulan el día que las monjas deben recibir la Eucaristía: “*la comunión será cada domingo y días de fiesta, y días de nuestro Señor y nuestra Señora y de nuestro padre San Alberto, de San José, y los demás días que al confesor pareciere, conforme a la devoción y espíritu de las hermanas, con licencia de la priora. También se comulgará el día de la advocación de la casa*” (Cs 5); en EMC, Cs II, n. 1; en la BAC, Cs 1, n. 7; en la ES, Cs 5.

⁵ Las personas tales: los confesores.

ni casi nada en su comparación; no había remedio de poderle persuadir, mas de éste se me dio poco, por no le estar tan obligada.” (F 6, 10-11).

Ahora veamos cómo actúa Teresa con las dichas monjas:

“Yo las comencé a hablar y a decir muchas razones –a mi parecer- bastante para que me entendiesen era imaginación el pensar que morirían sin remedio. Teníanla tan fijada en esto, que ninguna cosa bastó, ni bastara llevándose por razones⁶. Yo ya vi era excusado⁷, y díjeles que yo también tenía aquellos deseos y dejaría de comulgar, porque creyesen que ellas no lo habían de hacer sino cuando todas; que nos muriésemos las tres, que yo tendría esto por mejor que no semejante costumbre⁸ se pusiese en estas casas, adonde había quien amaba a Dios tanto como ellas, y querrían hacer otro tanto.” (F 6,11).

El resultado fue el siguiente:

“era tanto extremo el daño que ya había hecho la costumbre (y el demonio debía entremeterse), que verdaderamente, como no comulgaron, parecía que se morían. Yo mostré gran rigor, porque, mientras más veía que no se sujetaban a la obediencia (porque-a su parecer- no podían más), más claro vi que era tentación. Aquel día pasaron con harto trabajo; otro, con un poco menos, y así fue disminuyendo de manera, que, aunque yo comulgaba porque me lo mandaron (que veíalas tan flacas, que no lo hiciera)⁹, pasaba muy bien por ello. Desde a poco, entendieron ellas y todas la tentación, y el bien que fue remediarlo con tiempo.” (F 6, 12-13).

Y con eso que podríamos llamar en Teresa “ingeniería de espíritu”, nuestra Santa pudo resolver acertadamente aquel tipo de obsesión religiosa que no era más que una resonancia psicológica, y la paz se derramó nuevamente en las monjas y en su comunidad.

6.El deseo por excelencia: servir a Dios.

“¡Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes!” (V 39,13) dirá Teresa. Nuestra doctora abulense a medida que crecía en su itinerario espiritual proporcionalmente le crecía el deseo que comúnmente se le ha llamado de “la salvación de las almas”. Ella se conduce al constatar que, según la percepción propia de su tiempo, muchas personas padecían la condena eterna: “y de las muchas almas que se pierden, así de herejes como de moros; aunque las que más la lastiman son la de los cristianos que, aunque ve grande la

⁶ Las monjas pensaban que era en verdad lo de morir si no comulgaban como lo venían haciendo.

⁷ Es decir, que no eran suficiente las razones desde el punto de vista de las monjas.

⁸ Costumbre de querer comulgar todos los días y no hacerlo como lo hacían las demás monjas que también amaban a Dios como ellas.

⁹ Es decir, las miraba tan flacas o tristes que a la Santa le daba cierto escrúpulo comulgar, pero lo hacía, pues a ella se lo habían mandado en cambio las monjas enunciadas lo hacían por cierto antojo malsano.

misericordia de Dios (que por mal que vivan se pueden enmendar y salvarse), teme que se condenen muchos” (5M 2,10), ella quiere al igual que Jesús que todos se salven; se solidariza con tales almas: “muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal que es ser Dios ofendido, y pensar que estos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos...” (5M 2, 11), por eso agrega. “el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas” (5M 2,13).

En toda la andadura espiritual de Teresa hemos visto como siempre ha estado llena de buenos deseos. Sin embargo el deseo más encendido que siempre tuvo es el de colaborar en “la salvación de las almas”. Cree Santa Teresa, que esa pasión será garantía de autenticidad de todas las mercedes recibidas. Encumbrada en el matrimonio espiritual, dirá que todo lo vivido no es para otra cosa sino para que *“nazcan siempre obras, obras” (7M 4,6)*. Con toda objetividad ha constatado que:

“Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados), que mientras más adelante están en esta oración y regalos de nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos, en especial a las de las ánimas, que por sacar una de un pecado mortal parece darían muchas vidas” (MC o CAD 7,3).

En el libro de *Fundaciones*, que se le denomina comúnmente como los *Hechos de los Apóstoles Teresianos*, debido a la impronta misionera y a la fundación de iglesias (monasterios); la pasión por eso que se denomina la salvación de las almas estará también presente:

“¡Oh caridad de los que verdaderamente aman a este Señor y conocen su condición! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte para que un alma sola se aproveche y ame más a Dios, o para darle algún consuelo o para quitarla de algún peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no pueda con obras, con oración importunando al Señor por las muchas almas que la lastima ver que se pierden” (F 5,5).

Es por eso que la expresión máxima de ese amor al prójimo, es la de contagiarle de Dios, de hecho ha resumido toda la vida cristiana así: *“entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo y, mientras con más perfección guardáremos estos mandamientos, seremos más perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfección” (1M 2,17).*

El deseo de morir que se ha tenido en el inicio de la vida espiritual es superado con creces en las etapas avanzadas de la vida espiritual, pues apuntala ella: *“Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella” (6M 4,15).*

Con Teresa somos invitados a luchar por adquirir nuevas conquistas en la vida espiritual, pues además del beneficio propio, ella se convertirá en alteridad salvífica: *“si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo, siempre lleva mucha gente tras de sí”* (V 11,4). En sintonía con lo mismo afirma: *“páreceme que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra ver uno almas aprovechadas por medio suyo”* (MC o CAD 7,6).

PARA PROFUNDIZAR:

- V 21, 5; 6M 6,3: El Señor no solo da deseos, sino fuerzas para ponerlos por obra.
- V 21,5; 3M 1,7: El amor y los deseos no solo fabricados en la imaginación.
- V 21,7: Deseos con obras.
- V 24,7: El Señor da la libertad y fuerza para poner los deseos en obras.
- V 25,13: Falsos deseos los pone el demonio.
- V 25,19: “¿Quién me pone estos deseos?; ¿quién me da este ánimo?”
- V 30,17: Amor y grandes deseos.
- V 39,13: “¡Bienaventuradas, Señor, las personas que os sirven con obras grandes!”
- V 39,23: El Señor transforma la pusilanimidad a semejanza del ave fénix.
- F 4,5: Fuertes en los deseos de desasirse de todo lo creado.
- CV 16,8: Servicio a Dios.
- CV 18,2: Animosos.
- CV 19,9-10: Racionalidad ante los deseos excesivos.
- 5M 2,10-13: Pasión eclesial; grandes deseos de ganar almas.
- 5M 3,3: Dios sabe mejor lo que hace que lo que nosotros deseamos.
- 2M 8: Los deseos no todos son de Dios.
- 7M 4; MC o CAD 7,3: El buen espíritu mueve a las obras buenas.
- En EDE MC 5,5; EMC, R 5,5; BAC, MC 5,6: Los buenos deseos obra del buen espíritu.
- E 4,1: Tarde se le han encendido los grandes deseos de servirle al Señor.

